

visteis en torno lucir!
¡Cuánto sombrero con pluma,
cuánta falda de ormesí!....
¡Cuánto pié breve y ligero,
guardado en rico chapin,
holló la márgen del rio
sembrada de oro de Ofir!
¡Cuánta niña sin colores,
color fué á buscar allí,
y teñida de vergüenza
volvió á la villa á subir!
Dígalo si no el suceso,
el suceso de Beatriz,
que á la fuente del Acero
dió en ir, la pobre, y venir,
y bajó rasando faldas
y destrozando alepin,
hasta que vió una mañana
(¡cuánto sufrió la infeliz!....)
que de tanto beber agua
se la acortaba el vestir!

II.

Y esto á Beatriz dijo un dia
su hermano Don Juan de Arana:

—¡Vive Dios, hermana mia,
que tu enfermedad tirana
me parece hidropesía!....

Y si es así, considero
que el líquido tu mal fragua;
y ningun alivio espero,
mientras no dejes el agua
de la fuente del Acero.

Perdió su noble esbeltez
tu talle leve y garrido,
tienes quebrada la tez,
y tu rostro está, pardiez,

ajado y descolorido.

Mústios encuentro tus ojos;

tus párpados siempre rojos

tales estragos previenen,

que preocupado me tienen

y me tienen con enojos.

¿Qué diablos dice el doctor?....

¿No mira ese buen señor,

si ha reparado en tu andar,

que en lugar de adelantar

sigues de mal en peor?....

No sé, querida Beatriz,

por qué sospecho menguado,

que, á ese doctor infeliz,

no le ha dado en la nariz

el mal olor de tu estado.

Y si así vamos á estar,

tú sufriendo sin cesar,

y él sin saber lo que hacer,

piensó que yo voy á ser

el que te voy á curar.

Tu mal crece, el tiempo apura;
el agua el mal no sacude;
y en esta dolencia dura,
cuando á tiempo no se acude
se hace imposible la cura.

Esto dicho, y siendo así,
pon, Beatriz, desde hoy en mí
la más ciega confianza,
que en este mal, se me alcanza
cuanto te conviene á tí.

Por tanto, desde mañana
ir contigo al campo quiero;
pues debo saber, hermana,
si es buena el agua que mana
esa fuente del Acero.

Don Juan la espalda volvió,
dejando helada á Beatriz;
y ella que sola se vió,
mirando al cielo exclamó:
—¿Hay mujer más infeliz? —

III.

Pasó callada la noche,
despuntó en el cielo el alba,
y tiñóse el horizonte
de azul, de púrpura y gualda.
Trinaron las dulces aves
haciendo á las luces salvas,
y el ambiente matutino
comenzó á mover las ramas.
Confuso rumor de gentes
se alzó por calles y plazas;
gritaron los vendedores,
reclamos de las criadas;
por todas partes sonaron
puertas, rejas y ventanas;
y con hostezos dormidos,

y con ojos que aun roncaban,
fueron saliendo á la calle
viejas, chicos y muchachas,
frailes, soldados, matones,
menestrales y beatas.

Abrieron los mercaderes
las puertas de sus covachas;
bajaron cantando al campo
las gentes de la labranza;
retemblaron los martillos
en los yunques de las fraguas;
y al par de otros mil rumores,
que por sabidos se callan,
y á cuyos ecos no hay hombre
que parar pueda en la cama,
se unieron, haciendo coro,
esquilones y campanas,
atambores y trompetas,
músicas, pitos y gaitas.
Al són de tan grave estruendo
despertó Don Juan de Arana;

vistióse bizarramente,
colgóse al cinto la espada,
y llegando cuidadoso
á las puertas de una sala,
llamó diciendo:—Ya es hora;
vamos, que la fuente aguarda.—
Á muy poco del aviso
salió Beatriz de su estancia
con cara de haber pasado
la noche entre dudas y ansias.
Salió tras ella la dueña
con un rosario de á vara
estornudando latines
en són de quien reza ó rabia;
y arrebozándose el rostro
con sus tocas y hopalandas,
salieron los tres al campo
cuando ya el sol despuntaba.
Estaba el campo vistoso,
cuajado el césped de plata,
Manzanares sin vapores,

la atmósfera limpia y clara.
Por la cuesta de la Tela
y la Puente Segoviana,
bajaban brindando amores
barbilindos y tapadas.
¡Qué encuentros más casuales!
¡Qué sorpresas, qué algazara
presenció Don Juan entrando
del bosque en las enramadas!
Gozoso, alegre y risueño
volvióse y dijo en voz alta:
—¿Sabes que es muy divertido
venir á tomar el agua?—
Beatriz, sonriendo apenas,
contestó algunas palabras,
detrás de las cuales, ténue
lanzó un suspiro del alma.
De pronto, de un bosquecillo
salió apartando las ramas,
un mancebo muy bizarro,
de buen talle y mejor cara.

Vióle Don Juan, conocióle,
y en són de sorpresa grata,
tendióle una mano y dijo:

—¡Bien se anuncia la mañana,
pues venturas me promete
mi buen Don Diego Peralta!

—¿Vos Don Juan por estos sitios,
y á estas horas?

—¿Qué os extraña?

¡Alguna vez es muy sano
echar al aire una cana!

—¿Es quizás, por vida mia,
vuestra esposa aquesta dama?

—¡Es mi hermana!

—¡Por mil años

guarde Dios belleza tanta!

Huélgome de conocerla,
y de servirla me honrara.

—Mil gracias, amigo mio;
la pobre se encuentra mala,
y pienso que el mal que tiene

no lo ha de curar el agua.

—¿Permitís que os acompañe?....

—¿Qué es permitir?.... ¡Vaya, vaya!

Merced nos haceis en ello;

seguid, pues, si no os enfada.—

Y aquí Beatriz más tranquila

movió de nuevo las plantas,

respirando fuertemente

como quien el pecho ensancha.

La dueña siguió á su lado

moviendo á prisa la barba,

cual si rezando quisiera

conjurar una desgracia.

Tras ambas los dos galanes

lentamente caminaban,

entreteniendo el paseo

con esta amigable plática:

—¡Seis años largos de ausencia

Don Juan!.... ¡cuál el tiempo pasa!

—Cierto, seis años y meses

hace que salí á campaña;

y á no morir mi buen padre,
aun estuviera en Italia.

Mas quedando Beatriz sola,
huérfana y desampañada,
despedíme de la guerra
y tomé la vuelta á España.

—Muy bien hecho, amigo mio;
eso el mérito aquilata
de vuestras muchas virtudes,
dignas de perpétua fama.

—Honor tal deber me impone,
que fuera crimen, no falta,
dejar sola á una doncella
en esta córte menguada.

La virtud es quebradiza;
la carne, Don Diego, es flaca,
y es el honor como el oro
que cualquier soplo lo empañá.

Á mujer jóven y hermosa
la seduccion pone trampas,
y la triste que cae en ellas

tarde ó nunca se levanta.

Mas vos, ¿en estos seis años,
qué habeis hecho?

—Poco ó nada.

—¿Vive vuestro padre?

—Vive.

—¡Viejo es ya!.... ¿por qué no os casa?

¿Ó quiere que en vos acabe
lo ilustre de vuestra raza?

—¡Nunca me habló, ni le he hablado
de asunto tal!

—¡Cosa rara!

¿No teneis amores?

—Tengo.

—¡Quizá amores de pasada!....

—No tal.

—¿Añejos?

—¡Añejos!

—¡Pues los tomáis con cachaza!....

¿No es digna de vos?

—¡Oh!.... mucho.

—No debe ser muy honrada
quien permite que en su nombre
se bebe el mundo con saña.

—¡Ved que la estais agraviando!

—Pues no es mi intento agraviarla;
juzgo como juzga el mundo
cuando al amor se da largas;
que empeños y devaneos
por rejas y por ventanas,
dan gran cebo á la malicia,
pues la condición humana
es tal, que al cabo sospecha
(quizá con razon sobrada),
que el que aplaza sus deseos
y sus venturas dilata,
es porque acaso recibe
favores de puerta falsa.

Y perdonad que esto diga
por vos y por vuestra dama,
y dejemos este asunto
que tanto disgusto os causa.—

Y dando distinto giro
á la plática empezada,
llegáronse hasta la fuente;
Don Juan tomó un barro de agua,
bebiólo con pausa y gusto,
y en tanto que otro llenaba,
observó rápidamente
que entre el amigo y su hermana
hubo un cambio de sonrisas
y otro cambio de miradas.
Tornáronse al cabo todos
en dulce amor y compañía;
y al llegar á la Almudena,
que de par en par estaba,
oyendo tocar á misa
preguntó Don Juan de Arana:
—¿Quereis entrar en la Iglesia?
Y,—“Entremos,”—dijo Peralta.

IV.

Y fué por cierto ventura,
que estaba la iglesia oscura;
y á no tener tal capricho,
á solas hubiera dicho
aquella misa el buen cura.
Agua bendita tomó
Peralta al entrar ufano,
y á Beatriz se la ofreció;
mas Don Juan se sonrió
ante un acto tan cristiano.
¿Por qué la sonrisa fué?
Si en la malicia se inspira,
alguien dará en el por qué,
que amor cree que nadie mira

cuando todo el mundo ve.

Así, Don Juan solapado,
llevando á Beatriz delante,
vió un papel dado y tomado,
y dijo entre sí: —¿Qué amante
no es ligero y confiado?—

La misa al cabo sali6,
Peralta tom6 una silla
en que Beatriz se sent6,
y lu6go, humilde dobl6
detrás de ella una rodilla.

Don Juan se puso á rezar,
Peralta á mirar y á oír,
sin oír y sin mirar;
¿quién mira atento al altar
sintiendo el pecho latir?

Mas al llegar el momento
en que anunci6 la campana
con estrépito violento
el sacrificio cruento
que salv6 á la raza humana,

Don Juan, ahogando el furor,
é inclinándose á Peralta,
dijo con leve rumor:

—¿Jurais que contra mi honor
no habeis cometido falta?—

Miró á Don Juan con violencia
Don Diego lleno de enojos;
mas turbado en su conciencia,
por temor ó por prudencia
bajó confuso los ojos.

—¿No os atreveis á jurar?

volvió Arana á preguntar
coloreado de ira:

Reparad que Dios os mira
y que os tendrá que juzgar.

¿No habeis faltado á mi honor
con torpe y grosero amor?

Por la vida de mi hermana
juradlo á Don Juan de Arana
en nombre del Redentor.

—No quiero al cielo ofender

con un juramento impuro
que Dios no podrá absolver;
dijo Don Diego; mas juro
que haré cuanto deba hacer.

—Cuidad que os voy á casar.

—El cura está en el altar.

¿Quereis más?

—Basta, á fe mia,
pues juro á Dios que sentia
el teneros que matar.

Sonó la campana en pos
de este secreto incidente,
callar haciendo á los dos,
que alzaba sobre su frente
la Forma el siervo de Dios.
Y en aquel momento, ufano
miró Don Juan á Beatriz
con el cariño de hermano.
Tendió á Peralta la mano,
y dijo:—Hacedla feliz.—

La mano el galan besó
con estremada ternura,
y dijo—Así lo haré yo.—
Mas nadie el caso notó
por estar la iglesia oscura.

V.

Pasado un cuarto de hora,
salió á la calle Beatriz
mas que nunca encantadora,
pues celos daba á la aurora
con su encendido matiz.
Y al ver sus colores rojos,
dijo Don Juan sin enojos:
—Hoy noto en tí mejoría,
pues se asoma la alegría

por las niñas de tus ojos.

¿Eres feliz?

—Serlo espero.

—Pues como hermano leal,
hoy darte un consejo quiero:
No tomes más el acero,
que puede serte fatal.

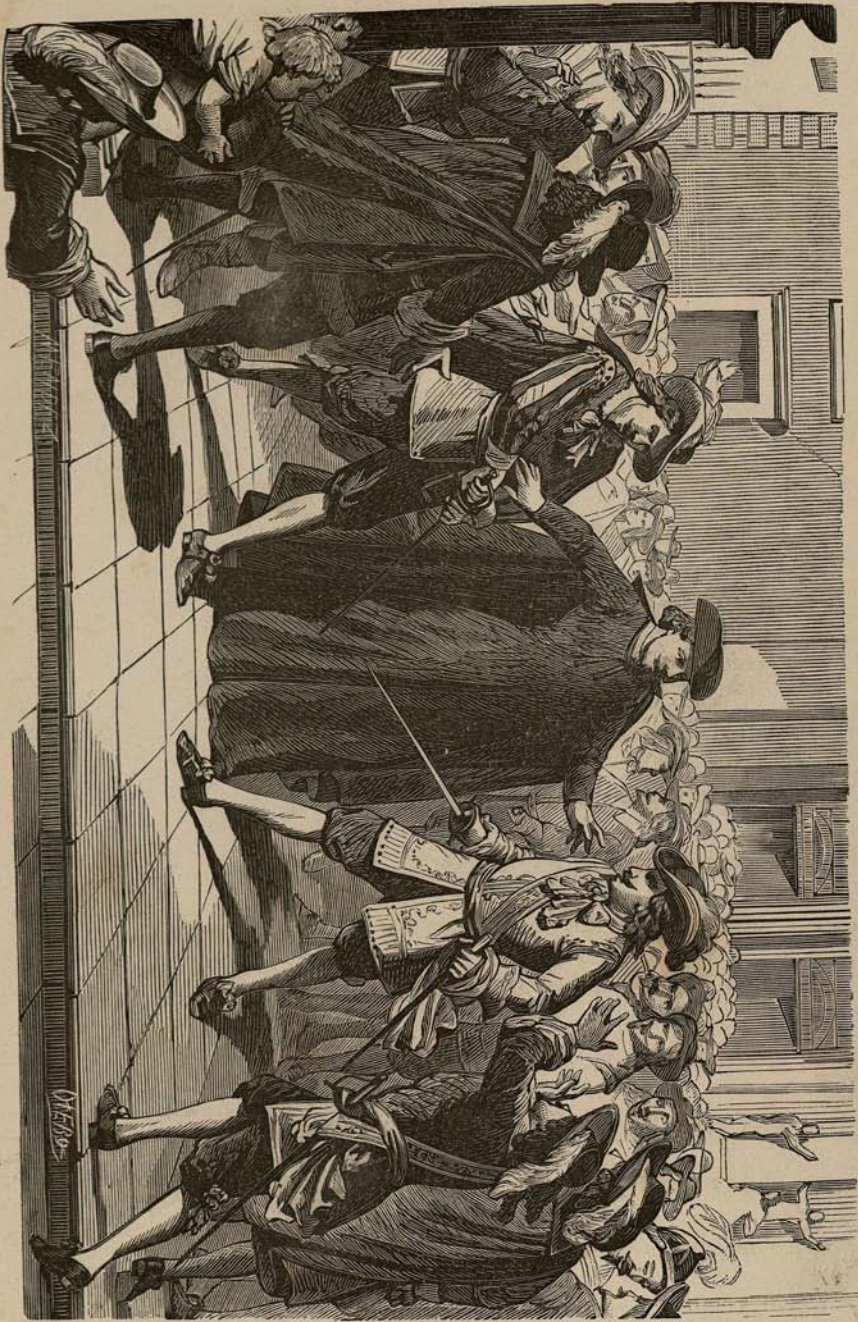
LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

1669.

*Templando mi indignacion
os he podido sufrir,
porque os ciega el presumir
que podeis tener razon.*

MORETO.





LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

MERIS

LAS GRADAS DE SAN FELIPE.

I.

Archivo de todo ardid,
tiendas de nuevas forjadas,
fueron un tiempo las gradas
de San Felipe en Madrid.
Conocidas de cualquiera
como el alma de la córte,
eran punto fijo y norte
de la gente forastera.
Pues en tan revuelto mar,
á este puerto se acogian,
cuantos á Madrid venian
á pretender ó á gozar.



Causa de tanto favor
y de tanto valimiento,
era el hallarse el convento
sito en la calle Mayor.

Calle en extremo lucida,
pues por diversos afanes,
siempre estaba de galanes
y de damas concurrida.

Y siendo así, ya se advierte
la razon de la asistencia,
que siempre la concurrencia
va donde más se divierte.

Y en verdad, que punto igual
juzgo que en Madrid no habia;

pues era la gradería
de San Felipe el Real,
divertimiento de hastiados
y recreo de chismosos,
atalaya de curiosos
y centro de enamorados.

Que para más embeleso

honraban sus cercanías,
Portales de Platerías
y Lonja del Buen Suceso.
Sitios llenos y surtidos
de tiendas y mercaderes,
reclamo de las mujeres
y escollo de los maridos.
Que tal vez á lo mejor
allí suceder solia,
que un hombre honrado perdía
con el dinero el honor.
Pues siendo el tráfico tanto,
y estando en uso admitido
que el pudor fuera escondido
bajo los pliegues de un manto;
Y siendo ley singular,
muy digna aquí de advertir,
en las damas recibir
y en los hombres regalar,
no es cosa que sorprender
pueda un momento siquiera,

que en tal centro el diablo hiciera
oficios de mercader.

Dicho ya que en esos días
daban al placer espuelas,
de un lado las Covachuelas,
del otro las Platerías;
fácil es de comprender,
si se examina con calma,
por qué de la córte el alma
vino San Felipe á ser.

Además, vecina al lado
la Puerta del Sol, abria
franco paso y grata vía
de San Jerónimo al Prado.

Y como en este recinto,
segun los historiadores,
hubo un cláustro de Menores
y el de las monjas de Pinto;
juzgo, sin ser importuno,
que, sitio de tal recreo,
era aguijon del deseo,

y ameno como ninguno.
Que, como arroyos al mar,
á este punto confluían,
cuantos iban y venían
á paseo ó á rezar.
Campo, pues, de eterna lid,
tales condiciones dadas,
era no estar en las gradas
como no estar en Madrid.
Siendo sus duros peldaños
causa de entretenimiento,
y dando además asiento
así á propios como á extraños;
No era mucha maravilla
ver en aquel hervidero,
confundido al forastero
con los hijos de la villa.
Ni extraño ver mano á mano,
en dulce paz ayuntadas,
las togas con las espadas,
y al pobre con el indiano.

Que campo abierto y neutral
de vándalos y de godos,
era libre para todos,
y para todos igual.

Cosa por demás sabida
es hoy cuanto allí pasaba,
pues diz que no se dejaba
honra ni verdad á vida.

Los lances vários de amor
con doncellas y casadas,
los duelos, las cuchilladas
de alguna noche anterior:
los aprestos de un monjío,
los chascos á las busconas,
las fiestas y merendonas,
ya en el Ángel, ya en el Rio.

Los apuros de un autor
recientemente silbado;
el mandamiento fijado
por un alcalde mayor;
Todo en tan sucinto espacio

comento y glosa sufria:
tanto, que se habló algun dia
de las cosas de palacio.
Que al saberse una mañana
el fin funesto y cruel
del galan, lengua de hiel,
conde de Villamediana,
alguien, fingiendo temor
y disfrazando recelos,
hizo, de no sé qué celos,
circular cierto rumor.
Y algo de verdad tendria
el relato lamentable;
pues un ingenio notable
que por entonces lucía,
dura sátira escribió
contra delito tan fiero;
de cuya sátira infiero
que el caso allí se contó.
Y á nadie juzgo se esconde
quien dijo usando este ardid:

*"Mentidero de Madrid,
decidnos quién mató al conde."*

Que boga y asiento tal
cobró allí la embustería,
que era aquella gradería
mentidero universal.

II.

Aquí, pues, con planta breve
y un aire poco gentil,
llegó en Noviembre de mil
seiscientos sesenta y nueve,
un hombre, en cuyo ademan
y en el traje que llevaba,
al punto se adivinaba
que era un pobre capellan.
Serio, triste, indiferente

subió por la gradería,
de modo que parecía
disgustado de la gente.
Mas fué lo bueno del caso,
que un honrado caballero,
de tan confuso hormiguero
salió cortándole el paso.
Y abrazándole por fin
con cariñoso transporte,
le dijo:—¡Vos en la córte,
señor Carrasco Marin!—
No el capellan extrañó
verse cogido en tal lazo,
pues devolviendo el abrazo
de este modo contestó:
—¡Qué!.... ¿Sois vos, señor Sagredo?
¡Gran dicha alcanzo, á fe mia,
pues trocáis en alegría
mis tristezas de Toledo!
—¿Tristezas vos?

—Sí, en verdad,

muerto estoy para el placer.

—Pues qué, ¿tanto os da que hacer del Refugio la Hermandad?

—¡Ay! no es ese mi secreto:
es que estoy de aquesta suerte,
desde que impía la muerte
cortó la vida á Moreto.—

Á noticia tan aviesa,
mudo Sagredo quedó,
y en su faz se retrató
con el dolor la sorpresa.

—¡Cómo! dijo: ¡el buen Cabaña
pagó ya el comun tributo!
¡Vive el cielo que de luto
se puede poner España!

—¡Es verdad!.... Carrasco dijo,
que siendo en virtudes solo,
de las Musas y de Apolo
fué embeleso y regocijo.

—¡Y ya la tierra le cubre!

—¡Ya goza gloriosa palma!

que á Dios entregó su alma
el veintiocho de Octubre.

—¡Ay!.... ¡con harta brevedad
dejó este mundo de engaños!

—¡A los cincuenta y un años
lo eclipsó la eternidad!—

Y aquí tal vez el dolor
silencio á los dos pusiera,
si á estorbarlo no viniera
un nuevo interlocutor.

Era un mancebo entonado,
barbilindo y presumido,
muy de bigote torcido,
muy de cabello rizado.

Mancebo, en cuya presencia
al punto se descubria
que era un pasmo de osadía
y un asombro de insolencia.

Llegóse á los dos el tal,
y en tono brusco y acedo,

dijo: —¿Qué teneis Sagredo,
que estais tan grave y formal?

¿Pretendeis reñir conmigo?

—No, clamó Sagredo en calma;
es que tengo herida el alma
por la muerte de un amigo.

—¿Y se puede saber quién?

—¡Vive Cristo!.... sí por cierto,
porque era el autor, el muerto,
de *El Desdén con el desdén*.

Y el que como vos se afana
por ceñir fresco laurel,
juzgo que honrar querrá en él
á la musa castellana.

Musa que en honda afliccion
llora, por haber perdido
al discípulo querido
de Don Pedro Calderon.

Al que tomando por norte
modelos de alta memoria,
logró primicias de gloria

en las fiestas de la córte.

Al que en presto y raudo giro,

alzándose entre los buenos,

logró en sus años amenos

favores del Buen Retiro.

Al que con noble ambicion

y rica y fecunda vena,

sostuvo la pátria escena,

la escena de Calderon.

Al que aspirando tal vez

á los triunfos de Belona,

quizá conquistó en Gerona

laureles de otro jaez.

En fin, al que en paz y en guerra,

siempre bueno y siempre honrado,

hoy descansa sepultado

en un mal trecho de tierra.—

Selló el labio el buen Sagredo,

y el mancebo que le oia

replicó:—Ya yo sabia

su triste fin en Toledo.

Mas pese á vuestra afliccion ,
que por amigo respeto,
perdonad que de Moreto
tenga distinta opinion.

Que harto de sus cosas sé
que á murmurar nos convida ,
pues conozco bien su vida ,
cuanto valió, y quanto fué.

Si logró aplausos en suma
y al cielo elevó sus alas ,
hablen las ajenas galas
con que revistió su pluma.

Hable Cáncer, que no yo,
de su valor literario,
que, por crimen de plagiario,
duro vejámen le dió.

Vejámen que á creer inclina,
segun lo dicen sus quejas ,
que en unas *comedias viejas*
encontró muy *brava mina*.

Por lo cual , niego el honor

de la fama que hoy acopia,
que no es autor el que copia,
sino el que inventa mejor.

Y esto dicho (no os asombre
mi natural desenfado),

dejemos al vate á un lado
y ocupémonos del hombre.

Quizás ignorais la accion
que más su nombre mancilla,

que dicen que á Medinilla
infirió muerte á traicion.

Vate, cuya musa amena
alcanzó tanta valía,

que lloró su muerte impía

Frey Lope en su *Filomena*.

Y no atribuyais á cuento

ni á rumor desacertado,

hecho que quedó probado

al abrir su testamento.

Pues en término sencillo,

y con humildad bien rara,

mandó que se le enterrara
Del Cármén en el Pradillo.
Y como tengo noticia,
por datos que recogí,
que sólo entierran allí
los muertos por la justicia;
deduzco muy claro yo
de este antojo singular,
que con él quiso espiar
el crimen que cometió.
Y en fin, por no ser moroso,
no me cumple aquí decir,
cómo se llegó á ingerir
con el cardenal Moscoso.
Que si entrase en esa vía,
tanto en su contra dijera,
que presumo que tuviera
tela para todo el día.
Por eso no doy valor
á sus obras ni á su nombre,
que si indigno juzgo al hombre,

indigno juzgo al autor.—

Con ira escuchó hasta el fin

Sagredo diatribas tales;

pero notando señales

de igual enojo en Marin,

discreto apuró la hiel,

y así dijo al tierno amigo:

—Quien fué de su honor testigo,

diga cuanto sepa dél.—

Marin, sério y reposado

picó en tan sabroso cebo,

y tornándose al mancebo

así le habló mesurado:

—No pretendo, ni en mí cabe

daros lecciones de acierto;

mas quien habla de algun muerto,

es justo que al muerto alabe.

Que quien obra de tal suerte,

cristiano mérito alcanza;

que siempre fué la alabanza

privilegio de la muerte.

Pues como el alma va en pos
del perdón que Dios encierra,
no es bien que culpe la tierra
al que quizás premia Dios.

Esto dicho en su respeto,
diré de lo relatado,
que estais muy mal informado
de las cosas de Moreto.

La experiencia de sus años,
y á más su saber profundo,
le hicieron dejar el mundo
con sus quimeras y engaños.

Y. modelo de humildad,
dulce, afable y cariñoso,
buscó el bien en el reposo,
la dicha en la caridad.

Tal vez hoy por ello cobre
la gloria que fué su anhelo,
que harto gana para el cielo
quien aquí siembra en el pobre.

Por esto de virtud tal,

y de su genio admirado,
hízole amigo y privado
el ilustre cardenal.

“Que la alteza más honrada
que tienen los grandes buenos,
es que pueden al que es ménos
dar mucho con lo que es nada.”¹

Y de esto informaros puedo,
porque fuí de ello testigo;
y además puede conmigo
informar toda Toledo.

En cuanto á la negra accion
que le imputan con mancilla,
de que mató á Medinilla
en mala lid ó á traicion,
probaré que son amaños
de la más negra falsía,
diciendo aquí que tenía
Moreto entonces dos años.

Y si saber quereis, pues,

¹ Versos de Moreto.

que no es mi aserto embolismo,
pedid su fe de bautismo,
que hallareis en San Ginés.
Que allí verá con verdad
el más torpe y más zolochó,
que el que el año diez y ocho
vió del sol la claridad,
ni á traicion ni frente á frente
matar pudo al desdichado,
que tuvo fin desastrado
en mil y seiscientos veinte.
Y á más de estas pruebas mias,
hay otra prueba más fuerte,
pues se sabe que esa muerte
la infirió el señor de Olías.
Y esto pone fin al cuento
de tan villano homecillo,
sin que tenga del Pradillo
que hablar, ni del testamento.
Pues si fué su voluntad
tener sepultura humilde,

no es justo que se le tilde
por tan cristiana humildad.
Y sabed, sin que esto sea
de vano orgullo pretexto,
que el que aquí os afirma esto
soy yo, que soy su albacea.
Y pues que importa á su honor
dejar bien limpio su nombre,
aquí dejo hablar del hombre,
y otro diga del autor.—
Sagredo sin vacilar,
y en són de enojo y de reto,
estas frases de Moreto
dijo airado al replicar :
"Templando mi indignacion
"os he podido sufrir,
"porque os ciega el presumir
"que podeis tener razon."¹
Mas quien juzga con tal saña,
y así ofende tal memoria,

¹ De una comedia de Moreto.

sabed que mengua una gloria
de entre las glorias de España.

Que pese á la envidia ruin,
nunca se tendrá por ménos
al que escribió entre los buenos

La Confusion de un jardin.

Al que dió honor á la escena
en *La Fuerza de la ley,*

El Mejor Alcalde el Rey

y en el *San Franco de Sena.*

Al que siempre docto y sabio,
hizo, sembrando bellezas,

Industrias contra finezas

y *El Defensor de su agravio.*

Al que se pintó quizá
de un modo digno y gallardo,

en el capitan Lisardo

de su *De fuera vendrá.*

Al que tomando por norte
el honor limpio y severo,

con él vistió *El Caballero*

y *El Parecido en la corte.*

Al que con harta verdad
dejó en *El Lindo Don Diego*,
vejado el orgullo ciego
y la loca vanidad.

Y por conclusion, á quien,
si otras joyas no tuviera,
corona eterna le diera

El Desdén con el desdén.

Si asuntos viejos en suma
del polvo sucio sacó,
vive Dios que los honró
cuando los tocó su pluma.

Que á fe que probando está
su tacto fino y certero,

El Valiente justiciero

Rico-home de Alcalá.

Y pienso que no es razon,
sino injusticia notoria,
esto de manchar su gloria
con tan villano borron.

Que si á su genio es debido
que asuntos tan levantados
no yazcan hoy sepultados
en la region del olvido,
ganó, si bien se medita,
honra en tan árdua tarea;
que si grande es el que crea,
es grande el que resucita.
Y ved que la acusacion
de plagiaro tambien llega
lo mismo á Lope de Vega
que á don Pedro Calderon.
• Que ellos tambien como él
los archivos rebuscaron,
y de su fondo sacaron
más de unpreciado laurel.
Y en fin, haced más honor
á su fama y á su nombre,
que sois vos muy poco hombre
para hablar de tal autor.

III.

Fosco y con la vista airada,
y atropellando atenciones,
volvió el mozo estas razones
poniendo mano á la espada:
—Ni sé, ni á indagar me meto
noticias de ese jaez;
solo sé que no es buen juez
quien fué amigo de Moreto.
Y pues mi labio le dió
por hombre de mala cuenta,
salga á defender su afrenta
quien quiera, que aquí estoy yo.—
Á este reto inesperado,
hecho con tanta osadía,

se alzó de la gradería
el respetable senado.
Y conocido el suceso
causa de palabras tales,
hubo bandos y parciales
que embrollaron el proceso.
Y fué la contienda tal,
y el furor tanto y tan loco,
que dicen que estuvo en poco
que aquello acabase mal.
Mas el divino favor
hizo, en aquella mañana,
que la reina Mariana
bajase á San Salvador.
Y como el respeto es norte,
y es gala la cortesía,
en la lealtad é hidalguía
de los hijos de la córte;
De amor y respeto en prenda
todos las gradas bajaron,
y en tal estado dejaron

la causa de la contienda.
Sagredo y el buen Marin
quedaron abandonados ;
mas quedaron como honrados ,
honrando á Don Agustin.
Y fundiéndose los dos
en un mismo pensamiento,
se entraron en el convento
á rogar por él á Dios.

FIN.





1029279



7 104566 120164 7